

Decenio de contenedores sobre ruedas

Por Enrique Atiénzar Rivero. Fotos: Otilio Rivero Delgado

Cuando se quiere, se puede. Es la máxima experimentada por Nelson Vega Basulto para que de las ruinas y de un ambiente deplorable, focalizado en una abandonada base de transporte, perteneciente a la industria ligera, naciera el 1ro. de septiembre del 2006, en dos meses, a fuerza de voluntad colectiva, una reluciente y organizada representación camagüeyana de la Empresa Nacional de Operación de Contenedores (Enoc).

El contraste entre el ayer y el hoy es evidente. Basta con llegar a ese lugar, localizado a 600 metros de la Avenida Finlay, en el kilómetro seis que conduce a Nuevitas, para advertir: organización, higiene, limpieza y, sobre todo, que se labora bajo los preceptos de un modelo de gestión estatal socialista.

No hay cabida a la improvisación. Es un colectivo pequeño

—84 trabajadores—, pero grande en acciones para que los contenedores que arriban del exterior, con los más disímiles productos retornen rápido a Mariel y evitar el pago por sobreestadía o aquellos del mercado interno aseguren, sin contratiempos, la canasta familiar.

Con independencia de los choferes que manipulan los camiones y hacen más que lo que les corresponde, punto y aparte merecen aquellos (mecánicos e innovadores) capaces, de manera callada, de no perder oportunidad para sustituir importaciones y alargar la vida útil de los medios automotores, rescatar grúas “desahuciadas” y el llamado cangrejo o cargador lateral, el único en funcionamiento en el interior del país, capaz de agilizar el proceso de operación de carga de los contenedores de las rastras o camiones.

Dónde dejar a Edel con el software Zafiro, ideado por él, con múltiples ventajas en el proceso contable de los recursos energéticos, de materiales gastables y humanos, garantía indiscutible de la información primaria y brújula segura para la toma de decisiones a escala de la unidad empresarial de base y de las instancias superiores de transporte.

Vega Basulto, el director de la Unidad Empresarial de Base, narra que a ese sitio llegó un grupo de trabajadores, perteneciente a Transcar, y con solo tres de siete camiones funcionando. Hoy son 26, dos en fase de baja e igual cantidad paralizados por motores. El resto en activo con más de 20 años de explotación.

Con ese parque de equipos manipulan anualmente más de 130 000 toneladas de mercancías, con un promedio de 3 500 a 4 000 contenedores e ingresan 3,6 millones de pesos y gastan 0.60 centavos por peso de ingreso, mientras la utilidad frisa los 1,8 millones de pesos.

De los 52 fundadores quedan en el centro 38. La diferencia, en mayoría, obedece a jubilación o fallecimiento pues quienes abandonaron la unidad, son los menos.

“Tenemos gente vieja, pero que empujan (choferes y mecánicos) más que la juventud, aunque sea feo decirlo. Las medidas organizativas y de control contribuyen a la disciplina y trabajan con los jóvenes para garantizar el relevo natural.

El centro de carga de los ferrocarriles, enclavado no muy lejos de la sede central de la Universidad de Camagüey Ignacio Agramonte Loynaz, con entrada por el reparto La Zambrana, nada tiene



Esta grúa fue recuperada por los choferes e innovadores.

que ver con Transcontenedores. De ese enclave extraen los medios de rotación cuando los clientes de los productos lo solicitan y proceden al traspaso de responsabilidad. “Nosotros lo llevamos a la economía interna”, precisó Vega Basulto.

Camagüey genera contenedores con productos terminados de la fábrica de pastas largas de Senado, de las industrias de alambres de Nuevitas y Minas, de la dedicada a la producción de pintura de la ciudad portuaria, de la cervecía Tímina y de carbón para la exportación.

Esos almacenes rodantes tienen un tiempo de tres días para operar en la provincia. En el 2006 demoraban de 13 a 14 días, desde que llegaban al centro de carga, iban a la economía y regresaban. ¿Las causas? Falta de organización y de prioridad. Hoy el promedio es de 3,1.

Lo logrado en este decenio en materia de transformación medioambiental y de condiciones de trabajo, ocurre sin desembolsar un centavo en el acápite de inversiones, fruto de una labor cohesionada de todas las organizaciones del centro, empezando por la sección sindical, liderada por Carlos Smith Polo, jefe de la brigada de choferes.

Los fosos llenos de tierra, la falta de corriente, de agua para tomar y almorzar en un improvisado comedor bajo una mata, son cosas del pasado.

Con ese sostenido esfuerzo nadie puede dudar de los atributos del colectivo como Vanguardia durante 8 años del Sindicato Nacional de Trabajadores del Transporte, la única con ese galardón dentro de las diez UEB similares en el país.



Los mecánicos desempeñan un importante rol en Transcontenedores.

El año de la maravilla

Por Evelin Queipo Balbuena (Escritora, guionista y asesora literaria)

Aquí, en esta foto, estábamos casi todos. La miro y no puedo evitar un llanto silencioso que resulta apenas imperceptible. Solo yo sé cuánta nostalgia encierran estas lágrimas que ahora, mientras escribo, borran aún más las gastadas letras de mi teclado.

Entonces era el 2000, año en que la maravilla había sido profetizada por Silvio. Teníamos 15 años y éramos muy jóvenes. Usted quizá no reconozca entre ellos a Periche, Chung, La Flaca, Mayu, Helen, Ramirito, Luis, Yaíma, Danay e Igor, el muchacho nacido en Frunze. Con toda certeza son nombres carentes de significación. Pero qué tal si le digo que cada uno de ellos es una parte de mi vida, de una etapa hermosa y constante que llaman adolescencia. La familia que fuimos estos y ocho muchachos más que no llegaron a tiempo para la instantánea, tiene un sello que no ha de borrarse ni con el tiempo ni con la más lejana distancia.

Cada uno tenía un sobrenombre, una fórmula química y una canción. No había turno de Física donde Yaíma y yo no dedicáramos tiempo a componer graciosas y hasta ofensivas letras para animar las lentas horas de campo, o de trabajo en un área verde que no era solo sitio para limpiar y mantener cuidada, sino espacio de reflexión, llanto y búsqueda de anhelos.

No ha de extrañar que yo fuera una alumna poco dada a las ciencias, una alumna fuera de lugar, pues ¿qué es, si

no, un Ipvce? Sin embargo había que estar allí, quisiera o no, porque era la mejor escuela. Entonces había que ser atrevido, rebelde. Había que coser mosquiteros a los colchones mientras todos dormían, esconder las botas para garantizar llegadas tardes al matutino, lanzar bolsas de agua por los balcones, gritar “Melón” a los muchachos de nuevo ingreso, cometer soberanos y verdaderos actos de desorden según el raser de alguien a quien jamás olvidaremos: José Pérez, un gran educador que, sin dudas, nos enseñó qué es el rigor y la disciplina, como premisas que un hombre o mujer, debe llevar consigo a todas partes. Pero fue también la época en que más estudiamos. Madrugadas enteras repitiendo teoremas, memorizando fórmulas, recordando líneas del *Quijote* y *La Ilíada*, para demostrar que merecíamos estar allí. Todo en una competencia franca y amigable que terminó cuando menos lo esperábamos.

Jamás olvidaré las semblanzas leídas en hilos de voz. Las lágrimas de “las niñas” como nos decían ellos, eran casi normales; pero los varones, que nunca habían llorado según la ley machista, estaban allí, sin poder ocultar el dolor de una separación que, para muchos, fue definitiva.

Miro de nuevo la foto y sé que no hay espacio para más. Han pasado el doble de años que teníamos entonces, y la mitad de ellos ha ido muy lejos a conquistar el mundo.



Desde esta orilla, que será siempre la nuestra, les envío un saludo. Esa casa de monogramas y chalinas nos unió para siempre. Y si a alguien debemos juntos un beso y una disculpa, es a Susan, nuestra profe guía, y que a veces encuentro por las calles de la ciudad. Disculpenos, profe, por aquel sobrenombre que no he de mencionar aquí. Pero usted no podía escapar a nuestros actos de rebeldía. Le aseguro que hoy somos todos hombres y mujeres de bien, los hijos que no tuvo y que la recordarán por siempre.

Para algunos, el año de la maravilla nunca fue el 2000. Las cosas que Silvio cantaba no se hicieron ciertas. Pero nos conocimos, muchachos, en ese año. Entonces la maravilla llegó, y no se ha ido. Está aquí, en esta foto y un poco más cerca del corazón.